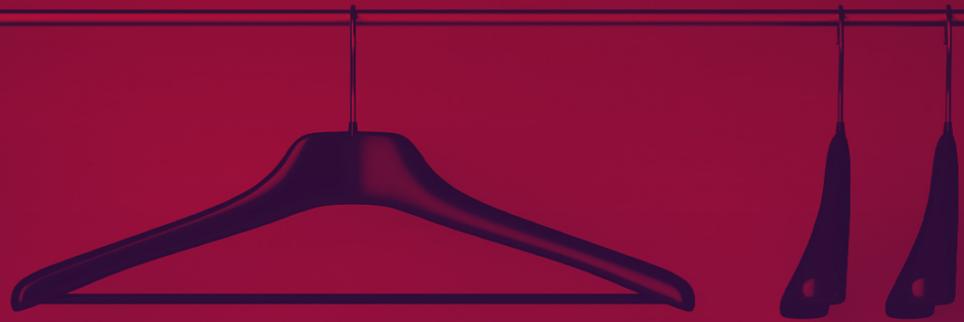


NICOLÁS H. MANZUR



# Tabú

EL

JUEGO

PROHIBIDO

NICOLAS H. MANZUR

# Tabú

EL  
JUEGO  
PROHIBIDO

PIPBUK!



1° edición: Diciembre de 2020

© 2020 Nicolás H. Manzur

© 2020 Ediciones Fey SAS

PIPBUK!

[www.pipbuk.com](http://www.pipbuk.com)



Diseño de cubierta: H. Kramer

Diseño interior y maquetación: Ramiro Reyna

-----

Manzur, Nicolás Horacio

Tabú : El juego prohibido / Nicolás Horacio Manzur ; editado por Ramiro Reyna; Ignacio Javier Pedraza ; ilustrado por H. Kramer. - 1a ed - Córdoba : Pipbuk!, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-47745-3-8

1. Novelas Románticas. 2. Homosexualidad. I. Reyna, Ramiro, ed. II. Pedraza, Ignacio Javier, ed. III. H. Kramer, illus. IV. Título.

CDD A863

-----

*A la catarsis,  
Gracias por aparecer...*

«Este es mi mundo  
Por qué no sentir orgullo de eso  
Es mi mundo  
Y no hay razón para ocultarlo  
De qué sirve vivir  
Si no puedes decir  
Yo soy lo que soy»  
*Soy lo que soy* - Sandra Mihanovich

## CAPÍTULO 1

### *Leandro*

Viernes, mi día favorito de la semana. Las personas se liberan de sus obligaciones semanales, cumplidas o no, y salen al acecho de una nueva presa para pasar la noche: una conquista fresca y sensual.

Me gusta ir a Brujas, un bar ubicado frente a la Plaza Serrano, sentarme en mi banqueta habitual y observar a los hombres realizar sus pobres intentos. Algunos prueban tácticas tan ridículas como tirar grotescos piropos o alardear con el modelo de su auto. Las expresiones de las mujeres, frente a personas tan descerebradas, me hacen la noche. Puedo reír por horas con el recuerdo de esos machos desconcertados frente al rechazo.

Yo no voy para conquistar a alguien. Bueno, en realidad sí, pero mi motivo es otro. Mi misión semanal es hacer una obra de bien.

Me siento bien conmigo mismo. De hecho, creo que debería obtener algún reconocimiento por todo lo que hago: busco a algún chico que todavía no haya salido del armario y lo ayudo a ir por el camino correcto. En ese bar plagado de heterosexuales siempre hay alguno.

—¿Y?, ¿ya lo identificaste?

Julián estaba parado al lado mío con una cerveza en la mano. La cuarta que se tomaba y eso que habíamos llegado hacía menos de una hora.

—¿Por qué no te relajás un poco con el alcohol?

—Algunos necesitamos un empuje para creérnosla como vos.

No siempre fue así. En un pasado, bien enterrado por suerte, yo era el chico al que todos rechazaban, hasta que una persona se puso en mi camino y todo cambió. Gracias a él es que soy como soy ahora; y estoy muy contento con el resultado. No puedo evitar pensar en la canción de Sandra Mihanovich, *Soy lo que soy*. Pero tranquilos, no voy a ponerme a cantar; arruinaría mi *acting*.

Julián no necesitaba la cerveza para que las personas supieran lo grandioso que era. Tenía pinta: era alto, con pelo castaño lleno de rulos, piel blanca, aunque no pálida, ojos color avellana y algunas pecas que le rodeaban la nariz. Su cuerpo no era atlético como el mío, pero tampoco era raquítico.

Sin embargo, carecía de autoestima, algo que a mí no me faltaba. ¿Cómo podría? Cada mañana me levantaba, me observaba al espejo durante un minuto, me sonreía y me daba algún que otro besito. Porque la verdad es que estaba muy fuerte.

¿Vanidoso? Sí, a veces tenía que ser así para llevarme el mundo por delante y lograr lo que quería.

—No te menosprecies, Juli, todos tenemos nuestro encanto.

—Habló el modelo de revista... Ojalá estuviera tan bueno como vos. —Giró y me examinó de arriba hacia abajo—. Y tuviera el dinero para comprarme ropa de marca cuando quisiera.

—¿Esta cosa vieja?

—Sí. Por favor, no me hagas hablar.

La verdad es que ahí tenía un punto. Julián solo contaba con el dinero que su madre le daba cada semana. A sus veinticuatro años no podía conseguir trabajo y tampoco estudiaba. Ayudaba con los quehaceres de la casa cuando ella trabajaba. Su padre se había escapado hacía cinco años con una prostituta y los había dejado con muy poco dinero.

Mi suerte fue diferente. Mi padre era arquitecto y mamá era directora de un colegio privado. Nunca me obligaron a trabajar. Por mes me depositaban algún dinero en el banco. Bueno... mucho en realidad, para que lo administrara a mi antojo. Solo debía seguir tres reglas: cuidarme, estudiar y regresar entero a casa.

—¿A dónde vas después? —me preguntó.

—¿A qué te referís?

—Digo, por la pilcha que llevás puesta, pareciera que vas a una reunión importante.

—Quiero impresionar.

Julián lanzó un resoplido molesto.

—Bueno, me voy a otro lado. —Tomó un último trago del pico y dejó la botella en la barra con un golpe duro—. Me aburro.

Antes de que diera un primer paso, lo tomé del brazo y le puse unos billetes en la mano.

—Tomate un taxi, ¿sí?

Julián sonrió y asintió.



Seguí escaneando el lugar, hasta que decidí que no iba a tener ningún resultado si me quedaba sentado.

—Ramiro —dije palmeando la barra—. ¿Me cuidas el lugar?

El barman se acercó y sonrió.

—Sí, claro.

A medida que caminaba, observaba a una pareja que estaba a punto de romper.

—No, mi amorcito. Es que... —decía mi próxima conquista.

—¡A mí no me vengas con «mi amorcito»! ¡Ya mismo me explicás qué está pasando!

Ella lloraba y su futuro ex moría de vergüenza. Me causaban gracia. La chica sufría mientras él tomaba una cerveza de lo más tranquilo. Noté que, además, me miraba.

—Mirá, es que... —siguió—. No sé cómo explicarlo, pero quiero estar solo por un tiempo.

—Dejame decirte una cosa —dijo ella al ponerse de pie—, nunca vas a volver a encontrar a alguien como yo. —Me impresionaba la actitud de la mujer. La aplaudiría si no fuera porque deseaba que se fuera para poder concentrarme en su novio—. No me llames y ni pienses enviarme ningún mensaje por Instagram o por WhatsApp. ¡Esto se terminó!

Ella le dirigió una mirada cargada de odio y salió del bar. Decidí que era mi momento de actuar.

—Vas a estar mejor sin ella —me atreví a decirle.

Esbocé una de mis sonrisas ganadoras.

—Soy Leandro, vos te llamás...

—Damián —alcanzó a balbucear. Me gusta generar ese efecto en los *nuevillos*, como me gustaba llamarlos.

—Lindo nombre. ¿Puedo? —pregunté señalando la silla vacía.

Damián levantó los hombros.

—Tengo que decirte la verdad. No la necesitás. No sos su tipo y ella no es el tuyo.

—No sé... La verdad es que ya no sé lo que siento. La amaba.

—Nah, el amor está sobreevaluado. ¿Cuántos años tenés?

—Veintitrés.

—¡Toda una vida por delante! —exclamé levantando los brazos—. Creeme, vas a pasarla mejor sin ella. Yo te voy a ayudar.

—A ver, ¿cómo?

Me levanté. Señalé con la cabeza la pista de baile.

—Bailemos un rato —dije guiñándole un ojo.

Titubeó y concentró su mirada en la botella de cerveza.

—Creo que voy a ir a casa.

—¿Para qué? ¿Te vas a tirar en la cama?, ¿a ponerte a llorar? Ay, dale chabón. No tenés que darle el gusto. —Tomé aire y moví la cabeza, logrando que las ondas de mi pelo cayeran sobre mi frente, otra de mis armas—. Mirá, me gustás. Aparte, me dedico a esto. Todas las noches vengo a buscar un corazón roto para sacarlo de un fondo depresivo. Es un acto de beneficencia...

Lo veía un poco asustado. Probablemente sentía cosas que reprimía. No iba a darme por vencido. Lo sacaría del armario y, de paso, me lo llevaría a la cama.

—Solo un rato —respondió al fin.

Al igual que Julián, tomó de un sorbo de lo que quedaba en la botella y se levantó. De fondo sonaba una versión *remixada* de *Call me maybe* de Carly Rae Jepsen, o como me gustaba llamarla: *Carly Call me maybe*. Porque, ¿quién se acuerda de un apellido tan raro?

Lo arrastré de la mano hasta la pista. ¡Pobrecito! Su mano transpiraba, así que le acaricie la palma con un dedo para hacerlo sentir un poco mejor.

Bailamos durante horas. Poco a poco fue liberando su verdadero yo, aunque las cervezas que pagué también ayudaron a desinhibirlo. Yo no tomé demasiado, quería estar lúcido cuando llegara el gran momento.

Damián alzó las manos y dio pequeños saltos. Sonreía y mantenía los ojos cerrados. Rodeé su cintura con mis

brazos. Lo acerqué. Se sorprendió un poco y puso resistencia por pocos segundos, pero bajó las barreras y se dejó arrastrar por mis deseos.

Lo miré profundo, esboqué una sonrisa para transmitirle que estaba bien lo que hacía. Acaricié su pelo rubio bajando mi mano hacia su rostro hasta terminar rozando sus labios con el dedo índice.

Luego, lo besé.

Damián tenía los labios tensos, aunque fue cediendo hasta colocar sus manos sobre mi espalda. La acarició a medida que yo mordía su boca. Cada beso que le daba trataba de que fuera único. Me gustaba concentrarme mucho en la persona que tenía al frente de mí. Quería ser recordado como el primer hombre de su vida.

—Guau...

—Lo sé —contesté riendo.

Terminamos en su departamento. Un monoambiente simple pero bien decorado en negro, blanco y rojo. Damián, apoyado en la puerta, nervioso y un poco somnoliento.

—¿Estás seguro de que querés esto? No me ofendo si...

—No, no —me interrumpió—. Estoy seguro.

—Pero, recién saliste del armario. Tal vez deberíamos esperar a que tengas más experiencia.

Damián me tomó de la cintura, me llevó hacia la pared y me besó con pasión, comiendo mi boca como un salvaje, mordiendo mi labio inferior. No tardó en desabotonar mi camisa y sacármela.

—Se ve que entrenás. —Recorría mi cuerpo con las yemas de los dedos—. Mejor apago la luz.

Yo le demostraría que no importaba nada. Le devolvería la confianza perdida.

Lo tomé del centro de la camisa y lo atraje hacia mí. Lentamente fui desabotonándola hasta abrirla por completo.

—Me gusta.

Damián sonrió. Nos volvimos a besar y caminamos hacia la cama.



El celular me despertó. Era Julián.

—¿Qué pasa? —pregunté refunfuñando, con la voz ronca.

—*¿Noche exitosa?*

—Sí. —Damián dormía como un bebé.

—*Bueno, decime dónde estás que paso a buscarte.*

Le pasé mi ubicación por WhatsApp mientras me vestía. Cuando corté, Damián se despertó.

—Fue una hermosa noche —dijo.

Me limité a sonreír. Me puse la camisa y busqué mis zapatos.

—¿Nos vamos a ver de nuevo?

—Si el destino lo quiere...

No era la respuesta que él esperaba, pero tenía que cortar esto de raíz.

Me senté en la cama y le acaricié la mano.

—Escuchame. Sos nuevo en esto así que no espero que lo entiendas. Nuestro mundo está plagado de hombres como yo. La única diferencia es que yo ayudo, en vez de gozar a costa de los sentimientos de otro, ¿entendés? —Damián asintió—. Necesitabas dejar que la mariposa en tu interior explote, ser vos mismo. Yo solo te ayudé. Ahora vas a tener que seguir el camino solo.

—Pero, no sé qué hacer.

—Entrá a Google. Ahí vas a encontrar todas las respuestas. —Damián se rio y miró el piso. Puse el dedo en su mentón, para obligarlo a devolverme la mirada—. Buscá boliches gais y explorá.

—Sos muy lindo. Ojalá consiga a alguien como vos.

—No creo —contesté riendo—, soy único. Pero a alguien remotamente parecido puede ser que encuentres. Ese hombre va a tener suerte de tenerte a su lado.

—¿En serio lo decís?

—Claro.

Sonreímos y nos besamos por última vez.

Salí del edificio. Amanecía. Me agradaba ver el sol asomarse, escuchar los pájaros cantar. Era cursi, lo sabía, pero me gustaba y no me daba vergüenza admitirlo.

Un auto frenó de forma abrupta. La puerta del acompañante se abrió.

—Vamos a desayunar algo, estrellita de Hollywood.

Me subí y abrí la ventana. Quería disfrutar del viento veraniego con los ojos cerrados. Me sentía muy bien.

## CAPÍTULO 2

### *Leandro*

El domingo fue de descanso. Invité a Julián a la quinta de mis padres a pasar el día. Tomamos sol, nadamos en la pileta y nos deleitamos con el rico asado que había preparado papá. Por la tarde anduvimos a caballo, bordeamos el country que se encontraba al lado de la quinta.

—Tengo pensado hablar con mamá hoy mismo —dijo Julián.

—¿Seguro? Según me contaste, no te fue nada bien la vez anterior.

—Es que ella tenía muchos problemas en la cabeza. Sabés que me tiene que mantener. Además, todavía sigue pagando sus deudas.

—¿Por qué no dejás que te ayude?

—Mamá no quiere. Ya nos ayudaste mucho al pagarnos un par de cuotas del auto usado.

—Sabés que eso no fue nada, Juli —dije—. Quisiera poder hacer más...

—Lo sé, pero ya nos vamos a arreglar.

Nos apeamos de los caballos y bajamos hasta la orilla de un lago artificial para sentarnos a observar al sol ponerse. Julián tenía los ojos cerrados y sonreía. Deseaba poder

ayudarlo. Había pasado por mucho, no se merecía tener esta vida tan ajustada.

Lo único que podía hacer por el momento era ser su mejor amigo. Más adelante encontraría la manera de que su mamá aceptara mi dinero. Porque si se lo daba a Julián, lo gastaría en cualquier otra cosa.

—¿Volvemos? —pregunté.

—Un ratito más. Me siento tan tranquilo...

Tomé su mano y la apreté. Lo quería mucho.



«Sos patético...»

«¿Pensabas que yo iba a estar con alguien como vos?»

Risas. De nuevo aquel fatídico día vino a mis sueños y arrebató mi serenidad.

«Mirá lo que soy yo. Mirá lo que sos vos...»

Abrí los ojos y me senté en la cama. Tenía el cuerpo empapado de sudor y la respiración agitada. Fui hasta el baño. Al mirarme al espejo me noté las ojeras marcadas y el pelo revuelto. Abrí la canilla y me mojé la cara con la esperanza de borrar las marcas del pasado.

Volví a acostarme, aunque no logré dormirme. Agarré la *tablet* que estaba en la mesita de luz. Navegué en YouTube con la ilusión de volver a conciliar el sueño.

Más despierto que nunca, miré el reloj: las cinco de la mañana. En dos horas tendría que estar listo para comenzar el segundo año de facultad.

Me levanté, tomé las llaves del auto y me dirigí al gimnasio.

Hacía tiempo que no sufría esas pesadillas. Creí que las había superado. Después de todo, ahora era una mejor persona.

Al llegar, estacioné el auto. No habría nadie más que el recepcionista y algún otro loco como yo. Disfrutaba entrenar solo, mi mente tenía tiempo para volver a armonizarse.

—Lorenzo —saludé—, ¿qué tal?

—Todo tranqui. Con sueño por tener que abrir el gimnasio a esta hora, pero ahora estoy mejor —contestó guiñándome el ojo.

Lorenzo todavía albergaba esperanzas de que volviera con él. Lo conocí en la pileta del club y al instante nos llevamos bien. Nos divertimos mirando a los que nadaban. Hasta le hicimos creer al guardavida que nos gustaba. Se había puesto tan tenso que terminó pidiendo el cambio de turno.

Una noche, después de nuestra rutina, estábamos en la ducha solos. Lorenzo se me acercó y me besó el cuello. No lo pensé dos veces y le devolví el gesto.

Salimos por dos semanas hasta que no aguanté más, era demasiado celoso.

Le di la típica excusa de que todavía no me sentía bien para encarar una relación, porque había salido de una muy extenuante y que quería que solo fuésemos amigos. A regañadientes lo entendió.

—¿Al menos con derecho a roce? —me había preguntado.

Le dije que sí por las dudas de que algún día lo volviera a necesitar como un caso de emergencia. Sin embargo, dejé de ir a la pileta e iba a entrenar al gimnasio en el turno en el que Lorenzo no trabajaba. Nunca pensé que lo encontraría a la madrugada.

—Me voy a entrenar.

Me dispuse a ir a la máquina de pecho cuando alguien entró y robó mi atención. Llevaba puesto una musculosa gris holgada, shorts azules y zapatillas. Parecía ser de mi estatura, aunque su cuerpo era un poco más ancho que el mío. El pelo rubio ceniza estaba lleno de bucles y tenía

mentón notable, no era algo que me importara, pero me llamaba la atención.

Nos saludó con un movimiento de cabeza.

—¿Quién es? —le pregunté a Lorenzo.

—Es nuevo. Hace un par de días que viene. Es lo único que sé.

—Ay, Lorenzo, Lorenzo, Lorenzo... Tendrías que saber más sobre su historial.

—Dame unas horas. Me pongo en modo FBI y te averiguo todo.

—¿Su nombre?

—Gastón.

Gastón. Como el pretendiente de Bella en la película de Disney. Gastón, sonaba poético. Me gustaba, Gastón... bueno, no iba a ponerme a escribir una poesía justo ahora que se presentaba alguien interesante.

Le dejé las llaves del auto a Lorenzo y guardé mi celular en el bolsillo. Mi futura conquista estaba trabajando hombros sentado en una máquina. Al llegar a su lado, carraspeé un poco la garganta.

—Hola, te vi y...

—Disculpá, no es de mala onda, pero no tengo ganas de hablar con nadie. Me despertaron muy temprano, no pude volver a dormirme. Sinceramente, no estoy de humor.

Me dejó pasmado. Ni siquiera me había dirigido una mirada y me estaba rechazando.

—Pero...

—Por favor. En serio. Quiero estar solo.

—Es que...

—¿Cuál es tu nombre?

—Leandro.

—Leandro, entendés que cuando uno empieza a tener un mal día quiere estar a solas para poder calmarse, ¿no?

Asentí.

—Entonces entenderás también que estoy con mucha bronca, que me la quiero desquitar con las pesas, que no quiero hablar con nadie y que podrías llegar a recibir un buen insulto. ¿Está bien?

—Entiendo.

—Genial.

Me alejé anonadado. Se había presentado ante mí un nuevo desafío. Estaba emocionado por enfrentarlo.



Hacía mucho que no desayunaba pensando en alguien. Gastón se había estancado en mi mente y que me hubiera rechazado me atraía todavía más. Parecía ser un hombre varonil, bien educado, con experiencia. Bueno, en verdad no lo sabía... Me gustaba fantasear que lo era.

Para ir a la facultad elegí una remera verde ajustada, *jeans* azul oscuro y zapatillas blancas. Si bien a la noche me gustaba lucirme, durante el día prefería pasar desapercibido. Era como una especie de superhéroe. Esta era mi vestimenta de Clark Kent y a la noche sacaba mi Superman para salir de conquista.

Al llegar dejé el auto en el estacionamiento. Tuve suerte porque quedaba solo un lugar libre. Hablaría con el encargado y le pagaría para que me lo reserve por el resto del año.

En la puerta me esperaba Gustavo, un chico morocho, con peinado afro y unos labios carnosos que invitaban a besar. No era mi tipo, su inocencia me causaba tanta ternura que no podía verlo con mis ojos de depredador.

—¡Hola, hola! —saludó. Se apartó de un grupo de chicas y vino corriendo a abrazarme.

Gustavo me consideraba su hermano mayor. Al él también lo había animado a salir del armario, pero no tuvimos sexo. El año pasado lo encontré llorando en las escaleras de la facultad y me dio pena. Su padre lo había echado de su casa porque le parecía raro; no podía entender que su hijo amara la comedia musical y a Cher. Su hermano mayor trabajaba con el padre; era igual. Si bien en ese momento Gustavo no admitió ser gay, su padre lo notó raro y no le gustó.

—¿Cómo estuvo tu verano? Perdón que no pude estar más en contacto —dijo, como si los mensajes diarios hubiesen sido pocos—. Es que el viaje con mi prima a París me consumió mucho tiempo. Recorrí todo, absorbí la cultura de la ciudad. ¡Fue genial! Tendríamos que irnos los dos unas semanitas, ¿no te parece?

—Podría ser... Disculpame, llegó tarde.

—Pero falta como media hora para las clases.

—Sí, es que quiero averiguar un par de cosas antes. ¡Nos vemos!

Salí corriendo y subí la escalera de a dos escalones. Julián me esperaba en el bar. Su sonrisa lo decía todo.

—Te odio, Julián...

—No, me amás ¿Qué tal te fue con tu fan? Cuando lo vi en la entrada, no pude evitarlo.

—¿Por qué te gusta hacerme sufrir?

—¿Para qué están los mejores amigos? Ese Gustavo sí que está enamorado de vos, ¿eh? Cuando le dije que te esperara afuera porque llegarías en cualquier momento y querrías un lindo recibimiento, se le iluminó la cara.

—Sí, no sé cómo decirle...

—Si no lo hacés rápido, va a pasar algo. Después te vas a arrepentir.

Puse mi brazo sobre sus hombros y caminamos hacia el ascensor.

—Algo se me va a ocurrir. Contame un poco del chico que conociste la otra noche.

Julián me repitió que su nuevo chico era alto, morocho y de espalda ancha, su tipo ideal. Le gustaba mucho la natación, por lo visto competía. Hablaron poco porque a Julián le encantaban los nadadores y, rápidamente pasaron a la acción.

Me hizo reír. A mí me gustaba generar un juego previo, conocer a la persona. A él no, a él le interesaba saber pocas cosas e ir a un lugar *más tranquilo*.

Llegamos al quinto piso, la clase de Literatura.

—Quedamos con él para vernos al mediodía. Vamos a ir a almorzar acá por el centro. ¿Querés venir?

—Paso —respondí.

No me gustaba ser el tercero en discordia. Era cita doble o nada.

Una secretaria de la facultad abrió la puerta del aula y nos avisó que el profesor iba a llegar más tarde.

Nos sentamos mientras Julián seguía hablando de su chico. Se llamaba Martín y ya se había enamorado de él. Bah, en realidad se había enamorado de su cuerpo. Así como yo tenía mi radar gay bien afinado, él poseía un radar de cuerpos. Podía intuir si un chico tenía abdominales marcados aun si llevaba remera holgada. Me divertía y a la vez me sorprendía cómo era que siempre acertaba.

—No sabés lo lindo que es...

—Sí, ya me lo dijiste.

—Morocho, pelo oscuro con rulos, alto, ¡con una espalda...! Qué cuerpo, ¡papito!

De pronto el murmullo del aula se apagó. Oí la puerta cerrarse y a alguien caminando.

Cuando me di vuelta lo vi. Gastón.

Esta vez vestía elegante: una camisa blanca abrochada hasta el cuello con una fina corbata azul marino colgando,

pantalones pinza azules y zapatos marrones. Muy sexy.

—Buenos días. Mi nombre es Gastón Martínez —anunció a medida que escribía en el pizarrón su nombre y el de la asignatura con un fibrón negro—. Soy el profesor de Literatura I, la primera parte de las cuatro que cursarán durante los próximos dos años.

¡No podía tener tanta buena y mala suerte a la vez! Iba a poder verlo más seguido, pero era un profesor. La facultad tenía reglas al respecto; si lo descubrían...

El desafío se hacía cada vez más atractivo.

—No quiero perder mucho tiempo en que cada uno hable sobre qué estudio en la secundaria o por qué eligieron esta carrera. Voy a pasar lista y empezaremos. Les voy a repartir el cronograma del cuatrimestre junto a algunas fotocopias con varias páginas de Romeo y Julieta.

Decidí que cuando llegara a mi nombre, respondería fuerte y claro. Lo obligaría a levantar la cabeza. En ese momento me vería y se sorprendería. Tenía que estar preparado para dirigirle mi mejor expresión de conquista. Él se daría cuenta de que éramos almas gemelas y, al final de la clase, me invitaría a tomar algo.

—García, Mariano...

—Presente.

—Hildebrant, Ignacio...

—Acá.

Estaba a punto de llegar a mi nombre. Preparados, listos... ¡ya!

—Méndez, Leandro...

Aclaré la garganta, puse voz grave, levanté la mano y respondí.

—Presente.

Nada. Como en el gimnasio, ni se había dignado a mirarme.